

Aquellos vientos de la modernidad: cambios y resistencias societales durante la pandemia de COVID-19

Those Winds of Modernity: Changes and Societal Resistance during the Covid-19 Pandemic

Franco Riquelme

Instituto de Nivel Superior IPES "Paulo Freire", Río Grande, Tierra del Fuego
francoriquelme416@gmail.com

Resumen

El presente ensayo es el resultado, en buena parte, de nuestro presente histórico particularmente a partir de la pandemia de COVID-19. Analizado desde la perspectiva de la sociología histórica, se pretende explicar la noción del tiempo en las sociedades; abarcando una gran panoplia de situaciones que van desde lo laboral, el entretenimiento, los medios de comunicación, las políticas de vigilancia y control, entre otros. Dichas situaciones son imágenes variadas de un mismo tema-problema, sociedades capitalistas en situaciones de pandemia.

Palabras clave

Biopolítica
Panóptico
Clases sociales
Representación política
burguesa
Racionalización espacial y
racismo

Abstract

This essay is the result, to a large extent, of our historical present, particularly as of the COVID-19 pandemic, which is analysed from the perspective of historical sociology; we intend to explain the notion of time in societies; covering a wide range of situations ranging from: work, entertainment, the media, and surveillance and control policies, among others. These situations are varied images of the same issue-problem: how capitalist societies endure a pandemic.

Keywords

Biopolitics
Panopticon
Social classes
Bourgeois political
representation
Spatial rationalization and
racism

Recibido: 01-04-2021; Aceptado: 17-08-2021

Algunas claves para el análisis sobre la coyuntura latinoamericana de COVID-19

“Cada actualidad reúne movimientos de origen y de ritmo diferente: el tiempo de hoy data a la vez de ayer, de anteayer, de antaño” (Braudel, 1970, p. 76).

Este ensayo es el resultado de lecturas y reflexiones personales que han suscitado imágenes variadas sobre nuestra actualidad, más específicamente, desde la pandemia de COVID-19 en nuestro continente latinoamericano, pero también en relación con otros acontecimientos de coyuntura que es necesario observar a partir de claves explicativas, es decir, conceptos que remiten a teorías y permiten que el conocimiento sea científico. Dicho sea, interesarse por la indagación histórica significa “busca[r] en el pasado claves explicativas del presente para asumir una de las dos opciones posibles: seguir viviendo como hasta el momento, o cambiar el rumbo de la vida, cambiar la historia” (Ansaldi y Giordano, 2012, p. 723).

Guiado por ese criterio, la opción teórica seleccionada para abordar el presente estudio es la sociología histórica, una perspectiva académica que se desarrolló en Estados Unidos a mediados del siglo XX. No me interesa –puesto que excede a lo planteado en la propuesta– hacer un desarrollo genealógico de este paradigma de pensamiento, pero sí aclarar que desde sus inicios (hasta el presente) expresa una vinculación fructífera entre disciplinas científicas que permiten “fabricar conceptos que satisfagan al mismo tiempo las construcciones teóricas y las empíricas” (Wright, 1994, p. 23). Esta hibridación de disciplinas permite abrir las ciencias sociales, como bien lo expresó Immanuel Wallerstein en su libro *Impensar las ciencias sociales: límites de los paradigmas decimonónicos* (1991), una invitación a salir de las segmentaciones y dogmatismos en cada campo científico.

En este sentido, la propuesta de la sociología histórica establece como objeto de estudio los procesos de cambios sociales (pasados y presentes) que pueden ser establecidos desde una problemática weberiana: ¿por qué las sociedades (o los procesos sociales) han llegado a ser lo que son y no son de otra manera? (Ansaldi y Giordano, 2012, p. 42). A su vez, la estrategia para pensar posibles respuestas es analizar las condiciones sociohistóricas que posibilitan cambios y/o resistencias en las sociedades. Para ello es conveniente tener presente el concepto del historiador Fernand Braudel (1970) sobre la *estructura*, que es una realidad:

que el tiempo tarda enormemente en desgastar y en transportar. Ciertas estructuras están dotadas de tan larga vida que se convierten en elementos estables de una infinidad de generaciones: obstruyen la historia, la entorpecen y, por tanto, determinan su transcurrir. Otras, por el contrario, se desintegran más rápidamente. Pero todas ellas constituyen, al mismo tiempo, sostenes y obstáculos. (pp. 70-71)

Dicho explícitamente, la propuesta radica en pensar la pandemia de la COVID-19 en nuestro continente en relación con otras problemáticas en curso (¿coyunturales? ¿orgánicas?) como resulta ser el “avance de las posiciones de derecha en todos los ámbitos sociales” (Ansaldi, 2021, p. 27). Asimismo, es notoria en nuestros días la crisis hegemónica estadounidense, *pari passu* el desarrollo progresivo de China en el sistema mundial capitalista. Todo lo mencionado aquí tiene lugar en un contexto dominado por el patrón de acumulación del capital, basado en la valorización financiera, que ha generado y genera una distribución desigual de la riqueza, y en el cual la violencia es parte constitutiva de la burguesía en el ejercicio del poder político. Esto no es nuevo; el sociólogo Barrington Moore (1968) lo sintetiza formidablemente al afirmar que:

en general, la violencia de los poderosos ha sido la de la propia sociedad organizada y ha cumplido un propósito general: ha sido parte de los métodos por los cuales las clases dominantes han extraído un excedente económico de las clases bajas y han transmutado este excedente en cultura. Esta forma de violencia es la más antigua y persistente. (pp. 11-31).

Mal que les pese a muchos, la reflexión de Moore continúa presente en nuestros días; el avance progresivo de las derechas (posición política) ha tenido la capacidad formidable de generar construcciones ideológicas en las clases subalternas, ya no solamente en la burguesía. Esto es preciso advertir en tiempos pandémicos en que el comportamiento de clase burgués muestra la indiferencia por la vida de la mayoría de la población mundial (Ansaldi, 2021).

Un clima de ideas y viejísimos vientos

La pandemia actual de COVID-19 ha generado una proliferación de estudios en el campo de las ciencias sociales respecto de sus efectos –aunque también de su(s) origen(es)– respecto del cual me interesa desarrollar una serie de elementos que iré explicando a continuación. Un primer elemento es desde una visión holística del sistema-mundo, con el propósito de explicar la profusión de pandemias en nuestras sociedades capitalistas.

En este sentido, concuerdo con el sociólogo Waldo Ansaldi, que enfatiza –a partir del análisis dialéctico del proceso histórico– la siguiente conclusión: “la unificación microbiana del mundo se produjo como parte del proceso de transición del feudalismo al capitalismo en Europa occidental” (2020, p. 5). Es decir, a partir de la conformación del capitalismo y el Estado-nación se generó la combinación para el establecimiento del nuevo modo de producción. En buena parte, y asumiendo una larga duración, del siglo XV hasta nuestros días se produjeron diecisiete pandemias de las veinte mayores que han ocurrido en la historia mundial. No es casual; desde su conquista, América padeció pandemias, que llegaron de la mano de los propios exploradores, ya fuera por vía directa o indirecta (Ansaldi, 2020).

Desde otra perspectiva teórica, Maristella Svampa (2020) analiza la relación entre el capitalismo y la pandemia de COVID-19. Una explicación posible del origen de esta es, para la socióloga, la deforestación, la destrucción de ecosistemas “que expulsa a animales silvestres de sus entornos naturales y libera virus zoonóticos que estuvieron aislados durante milenios, poniéndolos en contacto con otros animales y humanos en entornos urbanizados y posibilitando así el salto interespecie” (Svampa, 2020, p. 2). Desde este análisis, la COVID-19 bien pudo originarse en cualquier región del mundo, aunque haya ocurrido en China, debido a que el modelo productivo (y destructivo) del capitalismo es global.

En nuestro caso latinoamericano, la pandemia puso de manifiesto las limitaciones y desigualdades de cada sociedad. Viejos problemas que persisten. Las limitaciones son estructurales; la gran mayoría de los Estados establecieron políticas públicas y asistenciales que lejos están de tener en cuenta una lógica que comprenda las condiciones de (re)producción y profundización de las desigualdades en tiempos de crisis: trabajadoras/es de la economía popular, políticas sostenibles de protección social y de seguridad frente a la COVID-19.

Ahora bien, en tiempos de crisis se establecieron políticas con respecto a la dimensión espacial, es decir, al territorio. Entre ellas se destacan las nuevas formas de organización de las sociedades actuales, donde la racionalización del espacio radicaliza sus fronteras; es la confinación lo que impide que las personas se desplacen de un sitio a otro, por ejemplo, del campo a la ciudad y viceversa (Ortiz, 2000). Se trata, pues, de una administración estatal respecto de la movilidad, la cual adquiere varios significados, entre ellos la circulación económica, profesional, y, por último, la doméstica. Estas circulaciones se encuentran delimitadas por un anillo radial, lo que permite diferentes medidas de administración política (Ortiz, 2000). En nuestro tiempo pandémico resultan ser el control y vigilancia de transeúntes respecto del uso de barbijos, horarios de salidas recreativas, cumplimiento de la cuarentena.

En este sentido, apelo a la metáfora de Bauman (2003) de la ‘defensa de la comunidad’ donde el miedo (en este caso dado por el coronavirus) “aleja a las personas de los lugares públicos y les impide procurarse las artes y oficios necesarios para compartir la vida pública” (p. 100). Aquí, por cierto, concuerdo con Julián Varsavsky al decir que “nadie protesta, aunque vivamos en un

sistema que explote nuestra libertad” (25 de marzo de 2020, s.p.). No obstante, la cuestión sobre esta “política del miedo cotidiano” ha tejido diversas posturas en las sociedades, que podemos sintetizar en dos: quienes aceptan cabalmente las medidas políticas de restricción a espacios públicos, extensión de la cuarentena, aceptación de protocolos: utilización de barbijos, aplicación de alcohol en gel, medición de la temperatura corporal, etc. Y, en segundo lugar, quienes desconfían escépticamente de la pandemia de coronavirus y observan medidas políticas autoritarias que restringen la libertad social.

A propósito de ello, permítanme una breve digresión que viene al caso. Hay muchos prejuicios y negación por parte de las políticas occidentales en cuanto al origen y asistencia de las vacunas en nuestras sociedades, aquí resulta provechoso poder pensarlo en términos ideológicos. Las derechas en América Latina han negado la crisis pandémica, como en el caso de Jair Bolsonaro en Brasil, el toque de queda realizado el año pasado por el entonces presidente peruano Martín Vizcarra, las represiones militares en Chile (aunque también ha sido notorio en gobiernos denominados progresistas). También, desde el año pasado, las posiciones de la derecha en Latinoamérica han denostado de un modo fundamentalista algunas vacunas como la rusa, cubana y china, solo por mencionar algunos casos.

Es cierto, “hay diferentes formas burguesas de matar sin disparar un solo proyectil” (Ansaldi, 2021, p. 39). Ejemplos de ello hay varios, pero solo expondré tres: 1) el presidente brasileño Jair Bolsonaro ha priorizado la realización de la Copa América, lo que generó una movilización en más de trescientas ciudades, con consignas que son harto evidentes “Vacuna en el brazo, Comida en el Plato y Fuera, Bolsonaro” (Redacción internacional, 20 de abril de 2021, s.p.). Esto constituye una evidencia empírica de la indiferencia política brasileña, ya que Brasil alcanzó, hasta el momento, el medio millón de muertes por la pandemia. 2) La búsqueda de monopolizar la producción farmacéutica en el hallazgo de la ‘cura’. 3) la discriminación clasista, racista y/o etaria en los tratamientos con los infectados: “dejar morir a los ancianos, a los afrodescendientes (como se ha denunciado en los Estados Unidos), a los pobres e indigentes” (Ansaldi, 2021, p. 39).

En tiempos pandémicos, de múltiples crisis (políticas, económicas y sociales) en los casos latinoamericanos, se expresan posicionamientos como el de las derechas, que al fin y al cabo consisten en “tolerar injusticias, considerar los imperativos del mercado por encima de los derechos humanos, encarar la pobreza como tacha incurable, creer que existen personas y pueblos intrínsecamente superiores a los demás” (Beto, 2012, p. 2).

Retomo el hilo de argumentación. Es cierto que la reclusión generada por la pandemia es una invitación a la contemplación, como admite en buena medida la propuesta teórica del filósofo Byung Chul-Han en el libro *La sociedad del cansancio* (2010, p. 45); sin embargo, aquí tengo una reticencia teórica o, si cabe la expresión, una desconfianza. A la hora del balance es necesario analizar la sociedad entera; y el concepto de “fragmentación social” (Svampa, 2004) ofrece claves explicativas para nuestro presente, por ello es el segundo elemento a desarrollar. La fragmentación social se entiende mejor si analizamos a la sociedad argentina desde una media o larga duración, en términos de Braudel (1970), comprendiendo así las formaciones sociales y políticas económicas que estableció el denominado neoliberalismo a partir de 1970 y cuyo paroxismo alcanzado fue durante el Gobierno menemista en la década de 1990.

La fragmentación social es geográfica, económica y social, y acrecentada por el modelo societal neoliberal, que se caracteriza por “el cambio en los modelos de socialización, la transformación de los espacios de sociabilidad y la consolidación y efectos que generan ciertas formas de ciudadanía” (Svampa, 2004, p. 60). Cabe señalar, además, que la pandemia actual revela y profundiza las desigualdades sistémicas “del capitalismo global y expansivo” (Sarlo, 2009, p. 31). Aspecto que se hace harto evidente entre quienes “aspiran el aroma del tiempo”, aquella vida contemplativa y de descanso; y por otro lado, aquellas vidas que están sorbidas “por la absoluti-

zación del trabajo”, como expresa el relato de Varsavsky (25 de marzo de 2020). Es que, como ha escrito Maristella Svampa, cuya afirmación sigue siendo válida:

la cartografía social presenta, por un lado, una franja más reducida de “ganadores”, representados por las élites planificadoras, los sectores gerenciales y profesionales, los intermediarios estratégicos [...]. Por otro lado, encontramos un vasto y heteróclito conglomerado social de “perdedores”, entre los que se cuentan importantes sectores de la clase media tradicional que hoy sufre los efectos de la descalificación social y la precarización laboral. (2004, p. 55)

En efecto, el ‘aislamiento capsular’ descrito por Varsavsky (25 de marzo de 2020) da cuenta de este proceso de fragmentación social, de acuerdo con el cual determinados sectores sociales pueden acceder a servicios específicos, disponer de una capacidad alta de consumo y estilo de vida, como así también del acceso a tecnologías y dispositivos hoy fuertemente demandadas, tan solo por citar algunos ejemplos: celulares, televisores, *netbooks*, *notebooks*, *tablets*, etc. Es precisamente este modo particular en que el capitalismo de consumo presenta un abanico de estrategias para satisfacer y producir necesidades en las gentes (Ibáñez, 1994). Esto expone una formidable capacidad de construir y detentar hegemonía cultural.

Ciertamente, en las sociedades capitalistas se han desarrollado formas de control social y tecnologías de poder que datan de antaño, entre los periodos de los siglos XVIII y XIX en Europa, como es por caso el panóptico (Foucault, 1980). Entonces, aquí me interesa desarrollar un tercer elemento: las instituciones de secuestro y la biopolítica. Del primer concepto referido, su “finalidad es la inclusión y la normalización” (Foucault, 1980, p. 119) dentro de un aparato de producción que se caracteriza por una serie de funciones descritas por Foucault (1980), de las cuales solo una es señalada por Varsavsky, la explotación total del tiempo. En el ya mencionado artículo, el autor resalta que en la actual “sociedad de rendimiento” se diluye la línea entre ocio y vida laboral, caso ejemplar es la metodología del home-office que han propuesto varias empresas durante la pandemia. La explotación laboral es “el aroma del tiempo” capitalista –usando la expresión de Varsavsky–, ya que de lo que se trata es de:

que el tiempo de los hombres se ajuste al aparato de producción, que éste pueda utilizar el tiempo de vida, el tiempo de existencia de los hombres. [...] por una parte es preciso que el tiempo de los hombres sea llevado al mercado [...] y por otra parte es preciso que se transforme en tiempo de trabajo. (Foucault, 1980, p. 121)

Ahora bien, siguiendo la línea de pensamiento teórico de Michel Foucault, Paula Sibilía (2005) analiza las múltiples y complejas dimensiones (políticas, económicas y sociales) en que se proyecta la biopolítica, que “alude a un conjunto de seres vivos que comparten un determinado espacio, con sus rasgos biológicos particulares, y que pueden ser reconfigurados mediante el uso de técnicas y saberes específicos” (pp. 198-199). En suma, hay que destacar que la biopolítica es una forma de estrategias y dispositivos de poder de pretensiones y alcance no solo individual sino además societal.

De allí que Varsavsky analice un modo de biopolítica (aunque no expresado en este término conceptual) de nuestro tiempo, los medios de comunicación y las tecnologías que, según él, resultan ser una ‘espada de doble filo’, ya que permiten sensaciones de libertad y entretenimiento pero también son servicios de inteligencia que capitalizan y monitorean nuestras informaciones y acciones cotidianas. Es decir, los medios de comunicación y los dispositivos tecnológicos actuales son mallas de control por excelencia, de este modo:

no es difícil constatar que las redes de poder son cada vez más compactas, con sus mecanismos continuamente nutridos por los nuevos saberes. [...] Esa densificación se acentúa gracias a las técnicas de sujeción cada vez más complejas y

efectivas, sobre todo aquellas que se originan en la teleinformática y la biotecnología. (Sibilia, 2005, p. 213)

Conclusión

Finalmente, he tratado, en estas líneas, de dar cuenta de algunos temas-problemas de nuestras sociedades actuales, aunque es posible identificarlos mucho antes; precisamente en el terreno histórico de la Modernidad, momento en el cual se produjeron y consolidaron aquellas estructuras que yo he mencionado como elementos y que se presentan en nuestros tiempos 'como vientos' que ofrecen obstáculos, resistencias y posibilidades. Significativamente, me refiero al posicionamiento político de la derecha, la fragmentación social devenida en clases sociales, las tecnologías de control y normalización que, mal que nos pese, siguen presentes en el siglo XXI.

Referencias

- Ansaldi, W. (2020). No solo con arcabuces conquistaron América. *Trabajo y Sociedad*, 35(XXI). www.unse.edu.ar/trabajosociedad
- Ansaldi, W. (2021). Éramos pocos y la abuela contrajo el coronavirus. Bocetos sobre la coyuntura latinoamericana COVID-19. *Revista Internacional de Organizaciones*, 25 (abril), 27-49.
- Ansaldi, W. y Giordano, V. (2012). *América Latina, la construcción del orden: de las sociedades de masas a las sociedades en procesos de reestructuración*. Ariel.
- Bauman, Z. (2003). *Modernidad líquida*. Fondo de Cultura Económica.
- Betto, F. (2012). Cómo rechazarse a un izquierdista. <http://www.cubadebate.cu/opinion/2012/09/22/como-derechizar-a-un-izquierdista/>
- Braudel, F. (1970). *La historia y las ciencias sociales*. Alianza.
- Foucault, M. (1980). *La verdad y las formas jurídicas*. Gedisa.
- Han, B. (2010). *La sociedad del cansancio*. (pp.45). Herder.
- Ibáñez, J. (1994). *Por una sociología de la vida cotidiana*. Siglo XXI.
- Moore, B. (1968). Thoughts on Violence and Democracy. *Proceedings of the Academy of Political Science*, 29(1), 11-31.
- Redacción Internacional (20 de abril de 2021). Movimientos sociales protestan en Brasil por vacunación contra la COVID-19. *Granma*. <https://bit.ly/3d3k0Oh>
- Sarlo, B. (2009). *La ciudad vista. Mercancías y cultura urbana*. Siglo XXI.
- Sibilia, P. (2005). Biopoder. En *El hombre postorgánico: Cuerpo, subjetividad y tecnologías digitales* (1989-213). Fondo de Cultura Económica.
- Svampa, M. (2020). La pandemia desde América Latina. Nueve tesis para un balance provisorio. *Nueva Sociedad*, 291 (enero-febrero). <https://bit.ly/3rj65fe>
- Svampa, M. (2004). Fragmentación espacial y procesos de integración social hacia arriba: socialización, sociabilidad y ciudadanía. *Espiral*, 11(31) (septiembre-diciembre), 55-84.
- Ortiz, R. (2000). *Modernidad y espacio. Benjamín en París*. Norma.

Varsavsky, J. (25 de marzo de 2020). El aroma del tiempo en el mundo cápsula. *Página 12* [Contratapa]. <https://www.pagina12.com.ar/255124-el-aroma-del-tiempo-en-el-mundo-capsula>

Wright, E. O. (1994). *Clases*. Siglo Veintiuno.

Wallerstein, I. (1998): *Impensar las ciencias sociales. Límites de los paradigmas decimonónicos*. Siglo XXI; Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades (UNAM).